

---

# Condiciones Internas de Nuestra POLITICA EXTERIOR

---

**T**oda nación soberana requiere de una imagen exterior que exprese claramente su realidad y su manera de ser. En el diálogo internacional resulta imperioso que los países expresen su características de tales en forma nítida. Sin esta condición, todo diálogo se transformará tarde o temprano en una comedia de errores.

La responsabilidad de crear, mantener y proyectar la imagen exterior, por cierto, constituye una de las actividades preferentes de una Cancillería. Pero ningún canciller y ningún equipo ministerial podrá hacerlo integralmente si esta responsabilidad no es comprendida por las personas, las instituciones, los poderes del Estado y, muy particularmente, por el Ejecutivo.

La Cancillería no puede transmitir sino la realidad existente; no puede inventar una situación diferente, distorsionando la verdad.

Hoy más que nunca se requiere que el país proyecte una imagen sólida, decidida y permanente. Sin estos elementos será imposible que nuestro comercio exterior se establezca firmemente, creando una red que garantice a nuestros productos mercados sólidos y estables. Igualmente, nuestros acreedores requieren visualizar positivamente nuestro país para hacer llegar con confianza sus créditos y renegociar las deudas pendientes, teniendo una visión precisa del proyecto de Gobierno que se intenta llevar a cabo en forma sostenida. La existencia de estos intercambios comerciales

que originan divisas constituye una condición necesaria para superar nuestra situación económica, tanto externa como interna, al restablecer así el flujo de créditos indispensables para recuperar el ritmo de crecimiento alcanzado en años anteriores.

Otra particular razón —que se suma a las anteriores— debe tenerse en cuenta. Nuestro país —querámoslo o no— ha vivido en los últimos 15 años una experiencia singular dentro del mundo, y muy especialmente desde la instauración del régimen militar. La situación de un gobierno militar constitucional que se ha propuesto crear un camino de democratización de sí mismo, entregando el poder (decisión que toma cuando está en un punto elevado de popularidad), es una experiencia inédita en la historia del continente. La aplicación de un sistema económico libre es también, dentro de este contexto político, una experiencia nueva cuyos resultados no son indiferentes a quienes propugnan este modelo, o semejantes en el mundo, ni a sus detractores.

Confirma el aserto anterior la presencia de más de cien periodistas que se hallan acreditados en el país en el último tiempo. Es evidente que un número de ellos ha venido a observar los actos de protesta ocurridos últimamente, con el evidente objetivo de obtener ventajas políticas; así es como sus informaciones distan mucho de ser equilibradas y exactas. Al mismo tiempo, han llegado corresponsales de importantes medios cuya solvencia informativa

y sereno análisis producirán agudas observaciones y serán leídos con detenimiento por quienes conocen la calidad de sus trabajos. Ellos han sido los primeros en señalar al mundo que la sistemática campaña de un sector de la prensa puede desatar en los países del mundo occidental una visión ofuscada de Chile —al asimilar nuestra situación a la de Polonia, por ejemplo— y despertar en el ultranacionalismo y en el marxismo, un apetito similar al que permitió los acontecimientos de Irán, el que ocurrió ante la impasibilidad de las grandes potencias.

Por eso pensamos que la responsabilidad frente a ellos corresponde primero a las personas. En Chile, desgraciadamente, tenemos la tendencia a generalizar y englobar en un mismo saco a todos cuantos tratan de indagar sobre nuestra situación política, social y económica interna. Las puertas de quienes leal e independientemente apoyan a este gobierno están muchas veces cerradas, en abierto contraste con los opositores, quienes prodigan su tiempo para hacer saber al mundo su visión, muy personal, de nuestra realidad.

Las instituciones, por su parte, al igual que las personas, sólo aparecen exponiendo su opinión cuando se ven afectadas y jamás muestran claramente su grado de adhesión en los aspectos que estiman positivos, pues tienen temor de expresar algún grado de crítica o disensión, lo que es normalmente mal interpretado en las esferas de gobierno. En efecto, éste se ha tornado tan sensible a las opiniones independientes, que muchas veces no es capaz de distinguir los aspectos constructivos de una crítica justa, de aquella oposición ciega y destructora.

Los poderes del Estado carecen de una relación clara, tanto con los medios de comunicación como con organismos afines y con la diplomacia en general. Salvo raras excepciones, sus planteamientos

son conocidos a través de documentos públicos muy parciales o por entrevistas personales, las cuales pueden ser usadas en forma discrecional.

Más grave es el problema que afecta al Poder Ejecutivo. La Presidencia de la República carece de uno o varios voceros oficiales, lo cual desdibuja sus intenciones, silencia sus logros y explica en forma imperfecta sus metas u objetivos. Resulta indispensable repetir —aunque sea con majadería— que un Gobierno proyectado para un largo período requiere de un lenguaje de comunicación que vaya perfeccionándose en el tiempo, tanto en la recepción, como en la comunicación de su ideario político y social. Nos referimos muy especialmente a la voluntad de obtener una visión lo más completa posible del país y tener una apertura clara, con soluciones alternativas frente a los problemas que nos afectan; lo que también sugiere la conveniencia de confrontar éstas directamente con sus sostenedores y no con intermediarios interesados. Así, las políticas y decisiones elegidas alcanzarán una amplia y correcta difusión, en la medida que su alcance sea expresado claramente en forma meditada y con antelación a los hechos, y evitará al Gobierno dar explicaciones “a posteriori”.

Es condición necesaria para el logro de una información eficiente que el mensaje sea claro y consecuente con las acciones emprendidas. La franqueza y la capacidad de autocrítica que ellas contengan mostrarán igualmente la voluntad de comprensión de la realidad y ánimo rectificatorio, si este fuere necesario. La obcecación en el silencio o la comunicación a través del discurso de circunstancia, no ayudan a dibujar el perfil y derrotero de una nación soberana.

Sin esas señales y caminos nítidos, difícilmente se logrará una buena imagen internacional y quedará siempre un amplio espacio a quienes quieren proyectar una visión apocalíptica del país. ◆